

LA CULTURA EN MÉXICO

**S**ergio González Rodríguez, autor de *Huesos en el desierto* y *De sangre y de sol*, entre otros libros, reflexiona en *El hombre sin cabeza* (Anagrama, 2009), sobre el acto de ejecutar una decapitación. El autor acude tanto a fuentes bibliográficas y, asimismo, basa su investigación en una serie de entrevistas.

—¿A qué atribuye el hecho de que en los últimos veinte años en México, el uso de los cuerpos como mensajes se haya incrementado?

ENTREVISTA

*Sergio González Rodríguez*

*El hombre sin cabeza:  
Mito y violencia*

ADRIANA CORTÉS KOLOFFON

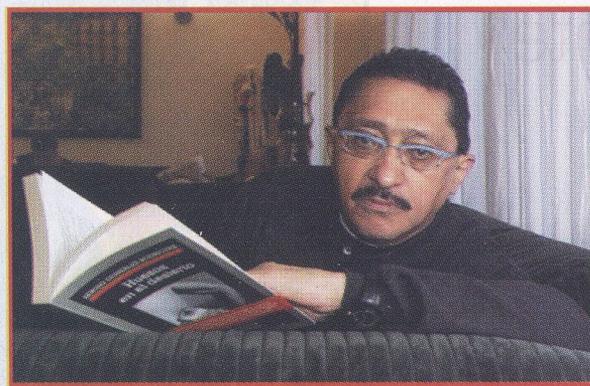
—La criminalidad se ha sofisticado. Ante la impunidad absoluta de los delitos en México (99 por ciento en términos estadísticos) los delincuentes esmeran sus tareas contra ley, las perfeccionan. El uso de los cuerpos como mensajes tiene que ver con el auge de las conductas antisociales: la firma criminal en los delitos impera en tanto forma de personalizar el acto transgresivo. Las personas que son víctimas de delitos se convierten en cosas en manos de los criminales. La deshumanización impera. Y crecen también los usos ideológicos e irracionales de los delincuentes. El cuerpo de la víctima carece de personalidad, es un objeto al que se le pueden inscribir todo tipo de contenidos. Un juguete de la abyección.

—En *El hombre sin cabeza* hace referencia a la representación de los cuerpos decapitados a través de la imagen en los medios, ya sea impre-

tos o electrónicos. ¿La fotografía de un cuerpo decapitado —o de una cabeza sin cuerpo— incrementa la magnitud de lo siniestro?

—Por supuesto: un decapitado expone una transgresión insólita, la pérdida de todo respeto a la persona, el vencimiento último contra el adversario o enemigo. Cuando se divulgan videos o fotografías de personas decapitadas el efecto redobla lo siniestro, lo anómalo de tal acto extremo. Se trata de un crimen que rompe con

todos los vínculos convencionales y de lo que se considera normal. Un desafío en el límite. Este llamado a frecuentar el punto límite se ha vuelto un sello de los tiempos actuales, que



en México por desgracia alcanza un excesivo dramatismo todos los días.

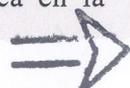
—También reflexiona sobre el trabajo de varios fotógrafos como Joel-Peter Witkin que exhiben cuerpos decapitados, arte al que Mario Perniola denomina realismo

psicótico, ¿a qué se refiere este término?

—En el momento en que el estatuto humano y corpóreo de las personas entra en cuestionamiento debido al ascenso de lo inmaterial, lo artificial, lo virtual, lo post-humano (el robot, el androide, la máquina, el sistema digital, la bio-tecnología) el principio de lo que se considera “real” se pone en crisis. Se presenta una obsesión con las representaciones realistas, de allí el hiperrealismo, la compulsión por una realidad tan real que se vuelve delirante. La estupefacción en el verismo que cede a la incredulidad expansiva: una compulsión de exponer y revelar hasta el exceso.

—En su libro también explica las decapitaciones desde una perspectiva mítica. ¿Por qué sostiene que vivimos hoy en la categoría de lo pánico?

—Me he referido a la época post-cristiana que impera en la actualidad y he resaltado el cariz pánico de sus características: Pan es el dios de la naturaleza, de la violación, del delirio, del descuartizamiento, y por lo tanto de la decapitación, así como es el dios de la masturbación y, en contraste, de la imaginación. El regreso de las pulsiones más atávicas, del primitivismo lo mismo en el arte que en la moda, sería parte de este mundo pánico. Desde luego, también es el reino del miedo y de la proliferación de creencias y religiosidades: ya no sólo impera una fe, sino muchas. Esta fragmentación refiere a su vez al cambio de los tiempos. Lo significativo está en que todo esto se da en el momento en el que la ciencia teórica y la ciencia aplicada han alcanzado un rango extraordinario y han consumado la revolución tecnológica en la



vida cotidiana. Vivimos en una paradoja difícil.

**—La divulgación de las decapitaciones en Internet: ¿triumfo de lo escénico sobre lo obscuro?**

—En una época pánica lo que antes era obscuro o indigno de aparecer en escena, se vuelve visible o dispone de una interlocución a cielo abierto que se posesiona de la escena de lo público y lo privado. Internet ha revelado el vasto teatro de las figuraciones ocultas, desde la violencia extrema hasta deprecación de los seres humanos por parte de ellos mismos.

**—Desde un punto de vista antropológico, ¿puede concebirse la decapitación como un acto sacrificial y, por consiguiente, como la restitución de una deuda?**

—Una decapitación es una forma ritual de fundar un orden de cosas. Se restituye un poder disperso y se crea una comunidad en torno del sacrificio originario. El vínculo entre la sociedad y lo que queda fuera de ella. El sacrificio restituye la deuda ante lo que denominamos cosmos. Roberto Calasso menciona que, por ejemplo, la creación es el suicidio de Dios.

**—La figura del decapitado, ¿metáfora del Universo acéfalo?**

—Por desgracia, el sentido de lo sagrado es lo que menos impera en los usos contemporáneos de la violencia extrema, por ejemplo, la que proviene del crimen organizado, o las de sujetos inmersos en sus psicopatías antisociales.

**—¿Qué hacer con nuestro saber y nuestra memoria ante la proliferación de imágenes que exponen la barbarie?**

—Reencontrarnos con nosotros mismos, reencontrar la naturaleza de profunda crueldad que ha animado los empeños humanos. Es necesario reconciliar los extremos dispersos de la propia especie antes de que sea demasiado tarde. ⊗